

## LA TENTACIÓN DEL PODER

**Víctor Meza**

De entre todas las innumerables definiciones que hay de la democracia, hay una en especial que me gusta mucho. La democracia, dice esta definición, es el sistema político en el que existe la certidumbre de las reglas claras para producir la incertidumbre de la alternancia en el ejercicio del poder.

En efecto, las reglas deben ser muy claras y precisas, confiables y libremente aceptadas por todos los actores involucrados en el juego político, de tal manera que generen un clima de confianza y aceptación general al momento de disputar en las urnas el derecho a convertirse en gobierno. La alternancia debe ser tal que genere la certeza de la oposición de poder dejar de serlo para erigirse en gobierno, al mismo tiempo que persuade al gobierno sobre la posibilidad real de pasar a ser oposición.

Se dice fácil, pero la tentación del poder es muy grande. Los ejemplos sobran a lo largo de la historia, pero basta con echar una ojeada al mapa político de la América Latina de hoy para convencernos de esa especie de embrujo seductor que el poder ejerce sobre sus mortales poseedores. En su excelente libro “La pasión del poder”, el filósofo español José Antonio Marina expresa claramente la forma en que operan los mecanismos del poder. “El poder, dice, nos fascina a todos, aunque por razones diversas. Es una realidad contradictoria que incluye la belleza y el espanto, la visibilidad y el secreto, la miseria y la grandeza, la necesidad y el riesgo”. Más adelante, citando al filósofo británico Bertrand Russell, constata que “las dos mayores pasiones humanas son el afán de poder y el afán de gloria”.

Y así es. La voluntad reeleccionista que, como una especie de epidemia política, recorre hoy los campos de América Latina, es un buen ejemplo de ese “afán de poder” que padecen muchos gobernantes del continente. Por las razones que sean, algunos de esos dirigentes creen, están convencidos, que son los llamados a cumplir un rol mesiánico en la vida de sus compatriotas. Se creen algo así como iluminados por la historia, designados por una voluntad superior para conducir el destino de sus pueblos y llevar a cabo las utopías más atrevidas y fantásticas.

Pero, al mismo tiempo, muchos de esos dirigentes buscan perpetuarse en el poder por el poder mismo, como una forma de aferrarse a sus privilegios y oportunidades. El poder se vuelve así un instrumento para el abuso, el enriquecimiento ilícito y la arbitrariedad constante. El gobernante se convierte en dictador, en mandamás abusivo y, generalmente, corrupto. Los ejemplos abundan y las lecciones, buenas y malas, proliferan a lo largo de la historia de nuestro continente.

En Honduras también tenemos algunos de esos ejemplos. Personas inescrupulosas que, obsesionados con el poder y sus privilegios, se resisten a abandonarlo o pretenden conservarlo a como de lugar. Otros hay que, en su abstracción onírica y nostálgica, transforman su entorno vital para seguir viviendo en la ilusión de sus días de gloria y de poder, lo que demuestra que la ambición

desmedida por el poder puede llegar hasta extremos de cursilería y ridiculez sin límites. Por algo dicen que la oculta debilidad de los poderosos es su permanente pavor ante la crudeza del ridículo.

En los últimos días se ha abierto el debate sobre la posibilidad de permitir la reelección presidencial, lo que indica que ya la fiebre continuista llegó a nuestras fronteras. El gobernante actual, mareado por la bruma y la obnubilación del poder, quiere aferrarse al mismo y continuar indefinidamente en su gozo y disfrute. No importa si para ello hay que arrasar con las instituciones democráticas y poner en entredicho los valores republicanos que, mal que bien, han dado aliento y sustento al Estado hondureño. Es hora de salirle al paso a la pretensión continuista, que niega la alternancia política y distorsiona la democracia. Mañana puede ser muy tarde.